

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO FESTIVO ILUSTRADO
SALE TODOS LOS DOMINGOS

Reg.º 8.1082



La correspondencia se dirigirá al Administrador, D. J. Polanco, Palma, 55, duplicado, segundo, izquierda.

PRECIOS DE SUSCRICION.	VENTA.	PUNTOS DE SUSCRICION.
En MADRID, tres meses, 1'50 pesetas.— PROVINCIAS, 1'75.—ULTRAMAR, seis me- ses, 7.—FRANCE, six mois, 5 francs.— PORTUGAL, seis meses, 700 reis.	ESPAÑA, 25 números, 1'75 pesetas. PARÍS, 25 exemplaires, 2'25 francs. LISBOA, 25 exemplares, 700 reis. UN NÚMERO, 10 céntimos.	MADRID, librerías de Cuesta, Carretas, 9, y Luna, 3; Administración de loterías, Cla- vel, 4; Agencia de Anuncios de Escamez, Peciados, 35, y en la Administración.

SITUACION DIFÍCIL — POR ARNAU.



¡Terrible es el compromiso!—Pero aunque rabie la gente,—Yo domaré esta serpiente—
Que silba en el Paraiso...—De la plazuela de Oriente.

Damos las más expresivas gracias á la prensa de Madrid y de provincias por la benevolencia con que desde los primeros momentos ha tratado á la presente publicacion, y al propio tiempo la enviamos con el testimonio de nuestro agradecimiento el más afectuoso saludo.

PRÓLOGO.

Y los prólogos son perfectamente inútiles; Campoamor lo ha dicho y la experiencia lo ha demostrado; pero los hombres tienen en su esencia mucho de rutinarios y no se pueden abandonar ciertas costumbres sin resultar descorteses al querer aparecer como innovadores.

Publicar un periódico sin decir algo de lo que se pretende que sea, fuera mal visto y hasta penable, en opinion de los más. ¿Y qué son esta clase de escritos sino prólogos colocados al frente de las publicaciones periodísticas?

El prólogo en resumidas cuentas es una recomendacion al público que un amigo cariñoso del autor coloca al frente del libro, intercalando alabanzas, más ó menos justas, que si antiguamente inclinaban el ánimo del lector á la benevolencia, hoy se han hecho tan vulgares, que nadie páramientes en ellas y dice con el poeta: *non ragionar di lor má guarda é pasa.*

Mas si la alabanza en boca de un amigo resulta parcial, en la propia es insoportable y ridícula. Hé aquí la falta de razon de los escritos como el presente.

Un periódico político, en su artículo prólogo, iza la bandera de sus opiniones, emblema de su presente y de su porvenir; pero esa coleccion de periódicos, como el presente, que por su forma y tamaño me atreveré á llamar *periodiquitos*, verdadero aluvion de papel impreso, que cae en estos últimos tiempos como charron inaguantable; meteoros fugaces que aparecen en el estadio de la prensa para desaparecer con la misma rapidez que aparecen: no teniendo ideas que sustentar ni

principios que defender, manifiestan exclusivamente que no son *políticos*, y á fé que en la mayor parte de los casos, jamás dijeron verdad más grande y patente.

Con esto y empedrar el artículo de nombres de esclarecidos escritores, que bondadosamente los prestan con este objeto á todo el que lo pretende, ya está todo arreglado y dispuesto para hilvanar un pomposo artículo, ofreciendo el oro y el moro, literariamente hablando se entiende.

Luego se arregla otro parrafito encaminado á demostrar que la mejor panacea para la hipocondría será la lectura del nuevo periódico, que la sal *ática* y todas las sales, hasta las de Cardona, brotarán donde los redactores pongan la pluma, como fuente inagotable, y ya está hecho el artículo, las ofertas hechas... pero de su cumplimiento, ¿quién es capaz de salir fiador?....

Era una noche; ¡aún la recuerdo con espanto! apareció un amigo mio en lamentable estado de perturbacion: jamás en rostro humano grabaron con más firmeza el horror y la desesperacion sus huellas aterradoras.

—¡Qué te sucede! le dije comprendiendo que le acaecía una gran desgracia.

—¡¡Mañana sale!! exclamó llevándose las manos á la cabeza.

—¿Quién?

—¡El *Pájaro Pinto*!

—¡Santo Dios! dije para mis adentros, éste se ha vuelto loco.

—Y está como nieve sin pisar.

—Fresco y bonito.

—¡Calcula tú mi compromiso!

—Ya lo creo, le repliqué, no atreviéndome á llevarle la contraria.

—¡Ya lo creo!... ¡ya lo creo!... ¿y lo dices con esa calma?

—Tranquilízate, hombre, lo diré con todo el calor que tú quieras.

—¡Mal amigo! cuando yo pensaba que me sacarias del compromiso, me abandonas á mi desesperacion.

—Pero ¡hombre de Dios! dime qué puedo hacer en tu obsequio.

—¡Trabajar para que pueda salir mañana el *Pájaro Pinto*!

—¿Y qué diablos de pájaro es ese?

—Un periódico satírico.

—Acabáramos de una vez. ¿Y á estas horas te acuerdas de que sale mañana?...

—Quince días hace que es mi pesadilla, no como, ni duermo, ni vivo, ni sosiego; no tengo descanso ni punto de reposo; siempre detrás de cincuenta colaboradores de mi desesperacion, que me tienen una y mil veces ofrecidos artículos; subo y bajo escaleras como cartero en día de año nuevo; á éste le pido por favor que me escriba siquiera dos líneas en prosa, al otro unos versos; voy á sus casas, los busco en el café, en el teatro, en todas partes, los asedio, no les deajo respirar... hoy me dicen que mañana, mañana que al otro, y los días pasan y mi intranquilidad aumenta... y Dulcinea no parece.

Ayer dí á correr por Madrid en busca de artículos, y fuí á parar á la prevencion. En la Puerta del Sol arrollé á una aguadora; en la del Cármen derribé un puesto de libros por huir de la gente que me perseguia; más allá atropellé á un angelito, que iba en un carricoche tirado por una niñera; tropecé con un ciego, que á tener vista, no me hubiera podido arrimar mejor garrotazo que el que descargó sobre mi individuo. Al volver una esquina, ví tras mí aullando como energúmenos y corriendo como condenados, hombres, chicos y hasta mujeres *aficionados de policia*, y á retaguardia de aquel peloton de carne humana, venian cuatro guardias de órden público con los revólvers en la mano. Aquello me hizo volver el rostro á otra parte y un agudo dolor en las narices dió con mi humanidad en tierra. Acababa de estrellarme contra uno de esos buzones que han renovado los peligros de las rejas salientes.

Cuando volví del paroxismo, me hallaba en la prevencion.

A estas fechas soy casi criminal; tengo un juicio de faltas pendiente; las narices deshechas; molido el cuerpo; traspasada el alma; no cuento con una sola cuartilla para el periódico á pesar de los cincuenta colaboradores... y el *Pájaro Pinto* sale mañana...

Síntesis: que del dicho al hecho hay mucho trecho, y no el que mucho ofrece es el que mejor cumple. Aleccionado con los colaboradores del *Pájaro Pinto*, al hacer este prólogo por encargo de la redaccion del MADRID CÓMICO, sólo me toca añadir, que la lista de los que le honren con su colaboracion, podrá hacerla por su cuenta el curioso, apuntando las firmas de los articulistas; y entretanto, si una buena intencion y mejor deseo son bastantes á conquistar tu gracia, lector querido, concédenosla desde ahora, que abundantemente una y otro atesoramos en nuestro corazon.

V.

DE TODO UN POCO.

El año ha muerto, como criminal desesperado, que se defiende de la justicia de los hombres, unidos para acabar con él.

Así 1879, abrazado al Tiempo, que lo empujaba al abismo de lo pasado, ha extendido sus brazos secos y huesudos, agitándolos en convulsion terrible, como la que debió agitar á la materia toda en la noche del caos; y ántes de desplomarse bajo el peso de sus trescientos sesenta y cinco días, cuajados de lágrimas y suspiros, ha tenido ocasion de apoderarse de dos ilustres víctimas, para caer sin duda más rápidamente, agobiado con la enorme pesadumbre de esos dos gigantes de las letras y de las armas, que hemos visto desaparecer.

*
**

En la mañana del lunes doblaban, tristemente, las campanas de la pequeña y modesta iglesia de San Nicolás.

El general Zavala, que habia sido rayo

ENVIDIAS Y...



—Oye, ¡oi!, se dice que los constipados se toman por los piés y no por la cabeza; ¡qué bien nos vendrían ahora unos botitos como los de los alcantarilleros para completar nuestra impermeabilidad!

de la guerra, caía también como el rayo— esa blasfemia de las nubes,—para hundir y sepultar en la tierra, toda aquella soberbia energía que había asombrado á un siglo.

El bronce de las campanas de San Nicolás, hermano acaso, tal vez parte del que había silbado millares de veces junto á la altiva frente del general, se golpeaba á sí mismo en señal de luto, como se golpea la humanidad los pechos, á sí propia, en señal de duelo.

¿Habeis oído doblar á muerto una campana?

Aquella vibración lenta, opaca, sombría, pesada, por decirlo así, semeja al salir de la oscura boca de la campana, inmenso

murciélago de negras alas, que crecen y se extienden y tocan el horizonte, y caen sobre la tierra como abrumadas, bajo el peso de dolor infinito, como niebla gigantesca que todo lo envuelve con su fúnebre manto.

Y luego, cuando ya creéis que el monstruo que hace gemir en la torre aquella lengua del dolor, que llora, á cada vuelta de la campana, todas las amarguras de una familia, va á cansarse al fin y reposar breve momento, otra vibración más triste, más amarga, más profunda todavía, vuelve á salir de aquella oscura boca, y á caer nuevamente sobre vosotros, arrastrando tras ella todo el peso de todos los mundos.

Entretanto, la Guía de Forasteros bor-

ASPIRACIONES.



—Escucha, Pascasio, de pocero no harás nunca una boda medio decente... tu mujer no querrá que ahí bajo se la coman las ratas... en cambio, si te calzaras una de esas capitas *impremeables* que han llegado de Lóndres y que son tan flamencas y currutacas...

raba un nombre; la Historia dejaba caer menudo y brillante polvo de oro sobre las letras que forman ese mismo nombre, para que fulgure y resplandezca eternamente; deudos y amigos vertían copioso raudal de lágrimas, á los pies del lecho mortuario; y el *porvenir*, siempre más grande y más sábio que el *pasado*, como que el *porvenir* es Dios y el *pasado* es la duda, lavaba con esas mismas lágrimas las manchas que la envidia deja caer siempre sobre los contemporáneos, para que no quede de ellos más que la verdad, que siempre es hermosa, cuando refleja de guerrero tan insigne, como el que fué marqués de Sierra-Bullones.

*
**

De la plaza de la Villa á la calle de San Quintín, no hay más que un paso. Del lunes al martes, veinticuatro horas.

La Parca, al huir atemorizada del cuerpo, aún caliente, del soldado de Africa, tropezó en la lira del autor de *El tanto por ciento*, y la quebró.

Y como la lira es el alma del poeta, Ayala exhaló un gemido, y voló á cantar, viéndolos al fin, todos los cielos de la poesía, que habia cantado durante cincuenta años, sin verlos más que en el fondo de aquella hermosa cabeza.

Aún recuerdo la escena. La elocuencia vertía sus más amargas lágrimas, por los ojos de Cánovas; la poesía lloraba con Nuñez de Arce; la música y la amistad, sollo-

zaban dentro del acongojado pecho de Arrieta; la Pátria, en los de tantos repúblicos eminentes.

Todas las miradas caían al suelo, todos los párpados estaban cerrados con el peso del llanto; sólo quedaron abiertos y contemplándose, como amigos que se han esperado mucho tiempo y al fin van á reunirse, los ojos del muerto y los de un retrato de Calderon, colgado casi enfrente del lecho del poeta.

* *

Más tarde, sonaban dos detonaciones en la plaza de Oriente, junto á la puerta del Palacio Real.

Aquellos dos tiros, sonaron también á la vez, dentro de todos los corazones honrados, dentro de todos los hogares, de todos los talleres, de todas las conciencias que palpitan y viven en esta tierra de España.

Y la vieja dejó de hilar; y la esposa se abrazó horrorizada al robusto cuello del compañero de toda su vida; y los pequeños despertaron y movieron sus manecitas sobre sus cunas, como para defenderse de enemigo ignorado; y la sociedad entera se puso de pié, para formular unánime protesta.

* *

Al terminar esta revista he visto que en lugar del MADRID CÓMICO, debía insertarse en el Madrid dramático, si le hubiera; pero cuando los acontecimientos de la semana son como los que acabamos de relatar; cuando la literatura contemporánea ha perdido á un hijo predilecto, para todas las almas honradas, para todos los que viven de las letras no existe más que un sólo sentimiento, un género literario, el dolor.

* *

Para concluir: hace cuatro días, se apeaba un viajero de uno de los coches del ferrocarril del Norte.

Entró en Madrid sin más equipaje que una garapiñera llena de hielo, unos chanclos y un paraguas.

Era un niño; yo sé su nombre; se llama 1880.

Es el año nuevo, y para cumplir aquel refran que dice: año nuevo vida nueva, sus primeras ocupaciones desde que se halla en la capital de España, han sido tomar un décimo de la lotería, dar el *timo* á un forastero, pasearse por la Puerta del Sol, afiliarse en todos los partidos políticos, mandarse hacer un traje que no piensa pagar, y alquilar una habitacion que no pagará tampoco, porque me ha asegurado que no trae un cuarto, ni espera tenerlo.

* *

Disputaba ayer un yerno con su suegra, á la que argumentaba más con las manos que con la lengua.

—¡Es preciso que varíes de vida! le decía la víctima á su verdugo: año nuevo, vida nueva.

¿Pues no lo vé Vd.? respondió el yerno. Durante el año pasado, siempre le he pegado á Vd. con la mano derecha; este año ya he variado, sólo hago uso de la izquierda.

MIS C. LÁNEA.

A MARÍA.

Recuerdo... ¡qué desconsuelo!
que cuando era yo un polluelo,
Eras tú una monicaca
Que jugaba por el suelo.
¿Te acuerdas tú de Pozuelo
De Aravaca?

—
Te estoy viendo en el jardín
De aquella casa de baños
Cortar rosas y jazmin,
O dejar sueltos los caños.
Eras un diablillo, en fin,
De tres años.

—
Unas niñas te escondieron
En un rosal colosal;
Y unos niños que quisieron
Coger rosas de un rosal,
Como era muy natural,
Te cogieron.

Tambien te lavaste un dia
En una fuente muy clara
Que murmurando decia:
«Hago su fotografia,
Y me quedo con la cara
De María.»

—
¿Y qué mucho, niña hermosa,
Que cual terco pretendiente
Que á su dulce dueño acosa,
Volara incesantemete
Detrás de tí la inocente
Mariposa?

—
¿Ni qué mucho que quisiera
Sorprenderte en tu carrera
El huracan ó la lluvia,
Por verte correr ligera
Dando á los aires tu rubia
Cabellera?

—
¡Qué delicioso vergel!
Si el viento azotaba en él,
La copa de la alta encina
Contestaba en eco fiel:
«¡Qué dichosos son Gabriel
y Justina!» (1)

—
En fin, tú hacias diabluras,
Mientras yo, fingiendo hastío
Del mundo y sus aventuras,
Les contaba mis locuras
A gentes como tu tío,
Ya maduras.

—
Tu tío, que me queria,
Me llevó á una cacería;
Y yo, que apenas tiraba,
Por poco mato aquel dia
A un señor que se llamaba
Beguiría.

—
Y en ese pueblo tan sano
A la par que tan cercano,
Tuvimos giras sin cuento,
Y conciertos al piano
Entre Salas y Sarmiento... (2)
¡Gran verano!

(1) Padres de María.

(2) D. Francisco Salas y D. Pedro Sarmiento.

«¡Oh témpora! ¡Oh mores!» dijo
No sé quién, y yo colijo
Que no lo dijo sin causa.
Pero como yo me aflijo
Ante este recuerdo fijo,
Hago pausa.

—
Ahora solamente anhelo
Que recuerdes al polluelo,
Si tu memoria no es flaca,
Que tantas veces del suelo
Te levantaba en Pozuelo
De Aravaca.

RICARDO DE LA VEGA.

LOS ANTEOJOS DEL INGLÉS.

Aquella noche llegué al teatro Real un poco tarde.

Cantaban el *Fausto*; esa ópera tan bella, á la cual, como dice mi patrona, llevan los padres de familia sus hijas y sus esposas, sin el menor reparo: fundándose, ó no fundándose, en que, si la moraleja es un tanto *oblicua*, como está escrita en italiano y puesta en música, les entrará por un oído y les saldrá por el otro.

Entré en la sala cuando Mefistófeles y Margarita estaban en el templo; lo cual me sorprende siempre, no por Margarita, que ya sabemos que era una jóven muy devota, sino por Mefistófeles, que no puede soportar, en acto anterior, la vista de las cruces de las espadas, y luego se pasea tan tranquilo por la iglesia, donde es probable que haya alguna cruz, de mayor calibre.

Avancé penosamente entre apiñada fila de abonados y abonadas para cualquier cosa, sobre todo para divertirse, y me dejé caer en mi butaca.

En aquel momento sentí un dolor vivísimo, que me hizo volver la cabeza rápidamente y levantar al mismo tiempo todo mi individuo, para evitar la repetición de la catástrofe.

Entonces mis ojos se fijaron en un objeto algo voluminoso, que se hallaba ocupando parte de la butaca en que acababa de sentarme; y que, por lo tanto, sin que él lo pudiera remediar, me habia producido el dolor mencionado.

Aquel objeto era un par de anteojos de teatro. Pensé inmediatamente si pertenecerian á alguno de mis vecinos anteriores, posteriores ó laterales: y se lo pregunté respetuosamente para que no creyeran que era mi corazon tan duro y empedernido, que no se dolia de haber molestado con el peso de su cuerpo correspondiente á unos inofensivos anteojos, con quienes no tenia la menor clase de resentimiento.

Pero todos me respondieron negativamente.

En vista de esto, y para cerciorarme de si habia menoscabado y deshecho alguna entraña, más ó

ménos importante, de los susodichos anteojos, me puse á mirar por ellos el escenario.

Y, figúrense Vds. mi asombro: no solo ví perfectamente la decoracion, y las personas que se hallaban ante ella, sino que, por maravilla é industria, indudablemente diabólicas, del artífice que habia labrado aquella máquina, ví, clara y distintamente, los tramoyistas y comparsas que paseaban detrás del telon de foro; y lo que es más increíble todavía, ví, estremecido, que mi mirada penetraba á través de las epidermis y los huesos de las personas, á quienes dirigia el objetivo de aquellos maravillosos anteojos.

Y, lo confieso francamente: sentí frio en mis venas, bañó mi frente sudor de calentura y lancé sin poder remediarlo una estrepitosa carcajada.

En aquel instante el telon descendia.

Entónces, y arrastrado por invencible curiosidad, empecé á dirigir, á diestro y siniestro, los famosos anteojos que la casualidad habia puesto en mis manos.

Los primeros que merecieron el honor de ser *escudriñados*, digámoslo así, fueron un caballero y una señora que estaban sentados delante de mi butaca; porque me presentaban sus respectivos *occipucios*, tan cerca y descaradamente, que no pude resistir la tentacion de concederles la preferencia.

Yo los conocia de vista. Eran marido y mujer; ella tenia fama de virtuosa; él era diputado, y gozaba reputacion de hombre de talento, y hasta de orador eminente.

Veamos si es cierto, dije: y... en efecto, él que habia estado varias veces en candidatura para ser ministro, tenia la cabeza completamente llena de pipas de melon; ella, que era hermana de varias cofradías y presidenta de dos ó tres sociedades benéficas, tenia en el cerebro un robusto lacayo negro, que la contemplaba dulcemente.

Despues miré á mi novia, que estaba en una platea, guiñándome los ojos con mucha gracia.

Veamos en qué piensa la pobrecita, dije: y clavé los gemelos en aquella linda cabeza que parecia la de un ángel; y en cuyo interior, suponía yo, porque ella me lo habia dicho mil veces, que estaria mi nombre escrito por todas partes y con toda clase de letras.

Y, en efecto tambien: allí estaba mi nombre; pero al lado suyo, y con caracteres bien claros, estaba grabada la cifra representativa de la cantidad que tengo de renta.

Ahora vamos al corazon, exclamé lleno de angustia. Dirigí los cristales al lado izquierdo del pecho de mi amada, y ví admirablemente su corazon, como si lo tuviera en mi mano.

Era un corazon hermoso; de muy buena clase, al parecer, y que podria pesar un par de libras perfectamente. Pero, ¡oh sorpresa! en él me encontré, arrellanado sibaríticamente, como en un divan, á un primo de la señorita con quien yo pensaba casarme. Y lo que es más grave, el referido

primo, tenia en la cabeza un gorro griego, y en los piés unas zapatillas morunas, que ella me habia regalado el dia de mi santo.

Despues miré á un concejal, que ocupaba un palco segundo, con su señora.

El marido tenia la cabeza completamente atestada de cocineras, niñeras y doncellas primeras y segundas, como ahora se usan en las casas de las personas pudientes.

Su respetable esposa, tenia *in mente* nada ménos que al director de orquesta, al bajo, á cuatro coristas y á dos aguaciles del ayuntamiento á caballo y todo, como en las corridas reales.

Luego empecé á mirar los estómagos de algunas familias que *presumen de ricas*, y los de algunos pollos elegantes. Y ¡Ay Dios mio! ¡Cuánta patata, cuánta berza y cuánto garbanzo!

Más tarde se encontraron mis anteojos con la cabeza de un académico. La miré y la remiré por dentro, detenida y hasta indiscretamente.

Allí no habia nada: tuve que variar la puntería.

Tropezaron entónces los cristales con un caballero vestido de negro, completamente afeitado, calvo, y con todos los sintomas de pertenecer á la Iglesia. Estaba en una delantera de palco: miré su frente, y ví el interior de su cabeza. ¡La tenia rellena de pantorrillas de bailarinas! Investigué el cráneo de un republicano, y me encontré con una gran cruz; en el de un *neo* habia tres amas de cria; en el de un liberal, una guillotina; en el de un ministro, la cartera de un compañero; en el de una niña de quince años, su profesor de música.

Estuve por subir al paraíso; pero en aquel momento empezaba el último acto, y me volví á mi butaca.

Un caballero rubio, alto, flaco é irreprochablemente vestido, se me acercó y me dijo:

—Caballejo: osté dispensar mí, si yo preguntamiento osté, per unos güemelos qui dejar olvidados en butaco esto, mintras mí subir palca plateo.

Comprendí que aquel era el dueño de los anteojos, y se los presenté, ofreciéndole mis excusas por haberlos usado.

Entónces él me dió la gracias, sonriéndose de un modo que no olvidaré nunca; tomó los gemelos y desapareció.

Al verle salir por la puerta que conduce al vestíbulo, me sentí irresistiblemente impulsado á hacerle mil preguntas. Salí como una flecha, pero ya no le ví, ni he vuelto á verle en mi vida.....

Ahora, cuando pienso en ello, no puedo vencerme si fué realidad ó fué sueño lo que acabo de relatar: tan clara y distintamente lo ví.

Verdad es que hay sueños, que parecen verdades. Lo que siento es no haberme mirado en un espejo, con los anteojos del inglés.

CONSTANTINO GIL.

MADRID, 1880.—Imp. de M. G. Hernandez, San Miguel, 23.